

Caridad o narcisismo

Luis Enrique Hernández

Técnico de Cáritas Rioja.

En estos momentos en los que el curso escolar comienza, y después de las jornadas estivales en las que difícilmente ha habido espacio para otra inquietud que no fuera la de viajar y pasárselo bien, quizá por una necesidad fisiológica, quizá como una llamada a la compensación de la vida lisonjera del verano, aparecen en los medios de comunicación, junto a las promociones de enciclopedias y ofertas de métodos de idiomas o de técnicas de bricolage, mensajes de campañas y empresas solidarias de distinto pelaje, con la previsión de que la oferta vaya en aumento a medida de que se acerque la Navidad. Los discos de artistas solidarios salen a la luz, los productos comerciales plantean sus precios solidarios, adopte un niño, apadrínelo... ¡Comienza el espectáculo!

Para algunos, la oportunidad de derivar el movimiento de interés social en torno a las víctimas hacia la atención de su propia persona o de su organización es una tentación difícil de evitar, sobre todo cuando va por medio un beneficio económico.

Hay dos tipos de almas generosas: aquella que a través de su esfuerzo personal o su trabajo callado en una organización predica con el ejemplo, y quien está allí interponiendo su figura y sus siglas para hacer marketing.

Estas actitudes protagonistas, que descubrimos a veces en pequeñas acciones cotidianas de parroquia, tienen también su ascendente en las grandes organizaciones con siglas sonoras de multinacional de la caridad. Su regla de oro consiste en exhibirse: consolando a un enfermo, arropando a un bebé, portando en brazos a un niño de color, posando en chabolas en ruinas (yo estuve allí)...

Se corre el riesgo de buscar indigentes para limpiar el rostro de la pro-

pia imagen: no hay político que se preste, actor, cantante... que entre su diseño de imagen populista no cuente con una exhibición solidaria.

No sólo son los desdichados los que buscan una mano caritativa, sino que parece ser que es el benefactor impaciente quien busca una víctima a la que ayudar. Una foto de esas características, vale como un premio en el ranking del gremio de la imagen. Queremos a esos muertos de hambre, a esos lisiados, pero los queremos débiles, desarmados, enteramente a nuestra merced, nos gustaría que tuvieran la inocencia del niño, la impotencia del niño, la gratitud del niño. Nada nos resultará más ofensivo que un menesteroso que no manifieste su agradecimiento desbordante hacia su benefactor. El pobre tiene que ser hasta la eternidad una mano tendida, una herida siempre abierta necesitada de curar, un estómago vacío... El escándalo de la caridad entendida así es la desigualdad entre el donante y el beneficiario, quien, incapaz de socorrerse a sí mismo, sólo puede recibir, sin

corresponder. Amarle por esa única razón, cuidarlo en su desgracia, significa ejercer sobre él, no nuestra nobleza de alma, sino nuestra voluntad de poder. Hay pues, una caridad bien ejercida, que educa y prepara para la emancipación de aquel al que se ayuda y hay otra que rebaja, que lo hunde en su invalidez, que le pide que colabore en su propia inhumanidad.

A partir de ese momento, el filántropo moderno se transforma, no en un amigo de los pobres sino en amigo de la pobreza. Los indigentes sólo sangran para permitirle acudir en su ayuda y sacar de su perdición un considerado prestigio.

De esta forma, como si se tratara de apuntarse a un curso acelerado de «caridad sin esfuerzo», gran parte de nuestra sociedad, en un akelarre en el que se convocan las fuerzas del bien y del mal, emprenden un sin fin de actividades de poca monta, pequeñas acciones sin importancia, en un intento de participar cada uno en mayor o menor escala en la gran fiesta del corazón. Se limitará entonces, a acudir a



un concierto de rock contra el racismo, a comprar el CD de Nacho Cano y Penélope Cruz para apoyar a la fundación Sabera, llevar la camiseta de Amnistía internacional o comprar el cupón de la ONCE. Sortilegio fascinante de este akelarre que metamorfosea la lucha en diversión y transforma las herramientas del esfuerzo, el compromiso y el sacrificio que exige la transformación de la sociedad en un espectáculo de luz y sonido capaz por sí mismo de erradicar el mal en el mundo.

El ejercicio de la fraternidad se vuelve como por encanto en comodidad y satisfacción, más aún, por si fuera poco, el consumo nos transforma gracias a los productos patrocinadores en mecenas instantáneos. A través de la compra de una marca de chocolate o de leche o de colonia... Vd. habrá tomado parte en la gran cruzada postmoderna por la construcción de un «*mundo feliz*».

Las virtudes del compromiso acaban así reconciliadas con las comodidades del sopor. No hay cosa más agradable que esa caridad sin obligaciones.

De esta forma, sin que nadie se atreva a decirlo, se acabó el afán por propagar la democracia, los derechos del hombre y la fraternidad, una cultura nueva fundamentada en la persona: La caridad, la compasión y su traducción institucional, las tropas de la ONU, ONGs y organizaciones humanitarias en general, se plantean en equipo, como objetivo principal, fijar un número determinado de poblaciones en los márgenes, establecer una barrera sanitaria alrededor de las regiones en crisis con el propósito de aislarlas igual que se aísla a un enfermo. Así que cuando Estados, legalmente reconocidos, tras haber implorado ayuda política, diplomática, social... de Europa y de Estados Unidos, ven que en su lugar llegan aviones cargados de alimentos y de medicinas, se sienten legitimados para pensar «el mundo nos ha abandonado». Lo humanitario, cuando ocupa el lugar de lo político, es la cara moderna de la abstención suavizada por el envío de unas cuantas misiones y de algunos equipos médicos.

Quedan así adjudicados al orden de lo caritativo estricto, los grupos ét-

nicos o las partes del mundo de los que hemos decidido desentendernos o con los que no sabemos qué hacer, predestinados, en cierto modo, al purgatorio eterno de la pobreza.

Y en esas estamos, a no ser que nuestro empeño y voluntad planteen actitudes y testimonios alternativos, ya que las cosas puedan funcionar de otra forma si a ello tendemos. Ninguna dificultad es en sí insuperable. El único peligro estriba en aportar soluciones antiguas a situaciones nuevas, en la apostasía de la lucha por un orden distinto, síntoma inequívoco de nuestro confortable bienestar. Por ello tanto el exceso de optimismo como el victimismo, resultan impropios.

«Cuanto más adelante, ciudadano, menos creo en la eficacia de las repentinas iluminaciones que no estén acompañadas o sostenidas por un trabajo serio. Menos creo en la eficacia de las conversiones extraordinarias repentinas y maravillosas, en la eficacia de las pasiones repentinas y más creo en la eficacia del trabajo modesto, lento, molecular, definitivo» (Péguy).